VE =

JOSÉ AGUADO PÉREZ

El rey del alambre



PASILLO CÓMICO

EN MEDIO ACTO, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1916

EL REY DEL ALAMBRE

EL REY DEL ALAMBRE

PASILLO CÓMICO EN MEDIO ACTO

ORIGINAL DE

JOSÉ AGUADO PÉREZ

Estrenado en el TEATRO TÍVOLI de Barcelona, el 22 de Abril de 1916



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, NUMERO 551

1916

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ANGELITA	María Gimeno.
EL REY DEL ALAMBRE	Santiago Rebull.
EL ALCALDE	José Castejón.
DON AMBROSIO	Antonio Balaguer.
CANDIDITO	Juan Ruano.
EL ALGUACIL	Francisco Martí.
UN MOZO (no habla)	N. N.

Apuntador.—JOAQUÍN RÍUS

La accion en un pueblo.—Epoca actual.

Izquierda y derecha, las del actor

ACTO UNICO

Interior de un patio de una casa bien acomodada en un pueblo. Tapia al foro con gran puerta en el centro que da al campo. A la derecha fachada de una casa. A la izquierda tapia de una corraliza más baja que la del foro con una puertecilla que cierra con cerrojo. Por la escena algún asiento rústico y varios aperos de labranza.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón entran por el foro, ANGELITA y CANDIDITO, seguidos del ALCALDE y DON AMBROSIO que vienen conversando aparte. Candidito viste de señorito ridículo y habla igual que viste.

Ang. ¡Por Dios, Candidito! Yo esperaba encontrarle a usted cambiado.

Cand. ¡No sueñe usted con sacrilegios! Cambiarán las cosas, cambiará el mundo, cambiará todo porque todo *cambea* y mi juvenil corazón aguardará siempre, con la verde esperanza de escuchar pronunciada por sus labios, la nota musical que ha de trasportarme al edén. ¡Sí, Angelita, sí! ¡Un sí de sus carmíneos labios en el tono que más le agrade!...

Ang. Todo eso es musica, Candidito... (Siguen hablando por lo bajo.)

Amb. (Al Alcalde.) Por eso te digo que el mujerío de este pueblo, visto a través del prisma sicalíptico, es muy deficiente o casi nulo, co-

mo exceptúes a la mujer del secretario que todavía se conserva fresca y a la mujer del alguacil que está más fresca que la secretaria. Y voy a renegar de tí como hermano, si como Alcalde no remedias esta decadencia feminista.

Alc. ¿Pero tengo yo la culpa de que seas un don Juan Tenorio ampliao? ¡Reconcho! Todos los años os sucede lo mismo. Llevais escasamente en el pueblo veinticuatro horas y ya habeis renegao de todo. ¿Para qué venis? ¡Reconcho!

Amb. Ya sabes que si me sacrifico y abandono la Corte no es por un capricho veraniego si no por la niña a quien el médico le aconseja para engordar la vida del campo, y por mí, que según el médico, necesito la vida del campo para adelgazarme. Eso es, ¡reconcho! (Remedándole.)

Ang. (Que ha escuchado últimamente a don Ambrosio.) Tiene razón papá. Este pueblo se está poniendo imposible, querido tío.

Alc. ¿Tú también?

Cand. Imposible será el pueblo, pero ésta casa se me antoja a mí el paraíso desde que ustedes la han hollado con sus plantas.

Alc. ¿Conque un paraíso, eh? Pues como el papel que estás haciendo es el de Adán, te arrojo del paraíso y te prohibo que vuelvas a pisarlo mientras dure el veraneo de mis parientes.

Cand. ¡Pero cómo! ¿Se olvida usted que soy hijo del farmacéutico?...

Alc. A mí.. ¡ventosas! Conque, ¡ea, largo!

Cand. Me marcho, sí señor. Pero conste que abusa usted de mí como tío de su sobrina. y como Alcalde de real orden; y conste también que Candidito Pérez responderá a este agravio tejiendo una venganza que ha de ser el asombro de las generaciones futuras. ¡Santos y buenos días! (Vase enfadado por el foro.)

Ang. (Riendo.) ¡Ja, ja! ¡Pobre chico!

Amb. ¡Se va furioso!...

Alc. Mejor. Así nos evitaremos que nos obsequie con sus gansadas mientras esteis aquí. (En.

este momento óyese por el foro un largo redoble de tambor.)

Ang. / Amb. ¿Qué sucede?

Alc. Prestad oído... (El Alguacil dentro pregona.)

Alg. De orden del señor Alcalde... se hace saber... que esta tarde... tendrá lugar una función de acróbatas... Y queda prohibido a los concurrentes... arrojar palos, piedras u otras hortalizas por el estilo... (Nuevo redoble de tambor.)

Amb. ¡Pero cómo! ¿Tenemos función esta tarde?

Ang. ¡Y sin decir una palabra!

ESCENA II.

DICHOS y el ALGUACIL con un tambor que deja sobre una silla.

Alg. ¡A la paz de Dios!

Todos Buenos días...

Alg. Ya está el pregón echao y tóo el pueblo tan satisfecho.

Amb. Y dime; dime. ¿Son guapas y están bien formaditas?

Alc. ¡Pero si no hay mujeres!

Alg. Nenguna. Se trata de un titiritero muy arrojao que pasa el alambre con la cabeza metía dentro de un saco. ¡Dicen que hace cada barbaridad!

Alc. Ahí en la corraliza (Señalando a la izquierda.) lo tenemos metido desde hace cuatro días que lo contratamos.

Ang. ¿Encerrado?

Alc. Sí, para que no ahueque el ala y nos deje colgados... del alambre. En este pueblo no se puede suspender ningún espectáculo sin que haya otro de orden público, y hombre prevenido...

Alg. Acuérdese usté de lo que nos pasó hace dos años pa las fiestas cuando suspendimos los fuegos porque no llegaron a tiempo. ¿Que no han llegao? dijeron los mozos. Pues aquí estamos nosotros. Y a los cinco minutos estaba ardiendo tóo el pueblo.

Amb. ¡Que atrocidad!

Alc. ¿Y sabeis quién apagó el fuego? Pues la Guardia civil haciendo fuego también. Ya veis si tengo razón para tomar precauciones. Además, este comediante no me da muy buena espina... me trae muy escamado.

Ang. Pobrecito ¿Y es joven?

Alc. Ahora lo vais a conocer. (Al Alguacil.) Abrele el encierro y que salga esa notabilidad ambulante.

Alg. Voy en seguida. (Se dirige a la corraliza y descorre el cerrojo abriendo la puerta.) Salga usté, señor comediante...

ESCENA III

DICHOS y el REY DEL ALAMBRE, por la corraliza. Viste un traje muy gastado de los que usan los artistas de circo, cubierto con un gabancito de verano, claro y muy corto. Botas de montar y sombrero hongo de color.

Rey (Asomándose con precaución.) ¿Se puede... vivir?

Alc. Adelante, hombre de Dios. (Todos lo contemplan con curiosidad y sin poder contener la risa.)

Rey (Entrando y saludando.) Hermosa joven, caballeros... El Rey del alambre, servidor.

Todos Mucho gusto... (Saludándole.)

Amb. ¿De modo que se dedica usted a esa especialidad?

Rey Sí, señores. Esa es mi vida. Atravesar las regiones aéreas. . (y atravesar a todo bicho viviente.)

Alc. ¡Sí que es una profesión elevada!

Rey Y sin embargo, casi siempre me encuentro por los suelos. Hoy caigo en este pueblo; mañana caigo en el de más allá...

Alg. (Este se cae en todas partes.)

Rey ¿Y quién ha hecho más que yo? ¿Vilson? ¿qué hizo Vilson? Mantenerse veinticuatro horas a quinientos metros de altura. Yo me mantengo una semana, sin probar bocado.

Alc. Eso es imposible...

Rey Con la práctica de mi oficio se hacen equilibrios hasta con el estómago. ¿Qué hizo Blondín, vamos a ver? ¿Atravesar el Niágara

con un inglés sobre las espaldas? ¿Y qué es eso? ¿No ejecuto yo siempre mi trabajo con más de doscientos ingleses?...

Ang. ¡Pobrecito!

Rey Yo he sorprendido a todas los pueblos con la fuerza de mis ejercicios y en muchos pueblos me ha sorprendido a mí la fuerza cuando ya escapaba sin pagar el pupilaje.

Ang. ¿Y ha viajado usted mucho?

Rey Por todo el planeta, señorita; y de mi turné conservo algún que otro recuerdo acariciante. Un monarca me dió la cruz del equilibrio; una czarina me dió un ósculo; un presidente me dió su enhorabuena y el alcalde de San Feliú de Guixols, me dió... dos patadas porque no le hablaba en catalán.

Amb. ¿Habrá usted conquistado las grandes mujeres?

Rey ¡Oh! El maremagnum, caballero. Mi corazón es cosmopolita y ha escuchado el lenguaje amoroso de todos los países. Yo he destrozado alemanas, turcas, francesillas... Y en seis meses que residí en América no pueden calcular las americanas que yo he destrozado. A mi paso por Roma, una romana caprichosa se empeñó en acompañarme solícita y como yo me rindo ante los empeños me la traje a España gallardo y calavera.

Amb. ¿Y qué hizo usted de la romana?

Rey Tuve que abandonarla a los tres meses porque me resultaba mucho peso.

Alc. ¿Y qué mujeres son las que más le han perseguido?

Rey Las patronas, caballero. Esas me han perseguido hasta por el alambre.

Alg. ¿Y siempre ha sido usted titiritero?

Rey No, señor. Primeramente fuí adivinador del pensamiento, pero todo el mundo adivinaba quién era yo, y lo pasé bastante mal. Luego después me hice concertista de acordeón, pero también anduve desconcertado y casi no di ningún concierto.

Amb. ¿Por qué?

Rey Porque en aquella época tenía que empeñar

lo primero que encontraba a mano y naturalmente, siempre era el acordeón.

Alc. Bueno, pues aquí lo que queremos es que usted sea tan arrojado como en otras partes.

Rey No quedará usted descontento, señor Alcalde. Desde que vi la finura conque usted me trataba me dije... ¡Aquí más arrojao que en ningún sitio!

Alc. ¿Y qué programa va usted a darnos?

Rey ¡Oh! ¡El maremagnum! Un programa tan emocionante como sugestivo. Verán ustedes. Aparezco ante el público vistiendo esta misma indumentaria, la cabeza metida dentro de un saco, y el balancín cogido artísticamente. El público, al contemplarme, ríe alborozado y la banda estalla en un alegre pasacalle, que yo les suplico sea lo más pasacalle posible.

Alc. ¿Por qué?

Rey Porque en cuanto me tocan algo fúnebre soy hombre muerto.

Amb. Pero ante todo, ¿dónde habeis colocado el alambre?

Alc. Lo hemos puesto atravesando toda la plaza desde el Ayuntamiento hasta la cárcel.

Rey Pues bien; en este punto una cuerda se hallará pendiente del alambre, me cojo a ella, y una mano tras otra empiezo la subida; en cuanto se me acaba la cuerda me paro... y ya estoy en la cárcel. El pueblo aplaude calurosamente. Yo ante tanto calor me destapo y saludo. Al enfriarse los aplausos vuelvo a taparme y doy principio.

Alg. (El postre es lo que te vas a ganar.)

Alc. Vamos a ver.

Rey Primer número. Salida de la cárcel con dirección al Ayuntamiento. Una vez en él hago una pequeña combinación... y vuelta a la cárcel.

Alc. Adelante.

Rey Segundo número. Trenzado de pies al compás de la música, finalizando con el paso del abismo. Del trenzado no les respondo porque es bastante peliagudo, pero en cambio ustedes verán cómo hago el paso.

Alc. Siga usted.

Rey — En el tercer ejercicio me desnudo.

Todos — ¿Eh?...

Rey — Me desnudo y me acuesto, me acuesto es el alambre; y despojado de estas prendan vulgares, empiezo con el traje de fantasía los ejercicios de la dificultad.

Amb. — ¿Y en qué consiste esa dificultad?

Rey — En que me salgan bien, caballero. ¿Pero a qué seguir? Prefiero sorprender a ustedes con mi trabajo incomparable.

Alc. — También a usted le guardamos una sorpresa.

Rey — ¿Sí, eh? Pues yo le suplico que me la siga usted guardando. Soy todo nervios y me sorprenden mucho las sorpresas de los Alcaldes.

Alc. — (Al Alguacil.) Díselo para que luego no le cause impresión.

Alg. — Pues verá usted. Como estamos muy escarmentaos con los comediantes y de usted no tenemos muy buenas noticias, hemos pensao que en cuanto usté aparezca en la plaza, se coloquen dos mozos con sus correspondientes escopetas las cuales tendrán sus bocas apuntándole a usted. ¿Que intenta usté fugarse o hace usté mal los ejercicios? ¡Zás! dos tiros.

Rey — Pero, señor Alcalde, yo no puedo trabajar ante dos bocas que me están enseñando los dientes.

Alc. — Eso no es cuenta mía. Y ahora al encierro...

Rey — Está bien, señor Alcalde... (Saludando.) Señorita, caballeros... ¡se suplica el coche! (Medio mutis.)

Alc. — ¡Ah! Daremos tres redobles con el tambor que servirán de aviso para que usted aparezca en la plaza.

Rey — No se moleste en dar el tercer aviso. ¡Si ya estoy en el corral! (Hace mutis por la izquierda seguido del Alguacil que echa el cerrojo.)

Amb. — Es muy original este tipo.

Ang. — Y muy simpático.

Alc. — Pues yo estoy cada vez más escamado. Ea, vamos adentro que la hora de almorzar se aproxima...

Alg. Y yo voy a soltarlos unos tiros a los pájaros...
(Angelita, el Alcalde y don Ambrosio hacen mutis por la derecha. El Alguacil coge una escopeta y vase por el foro.)

ESCENA IV

CANDIDITO por el foro. Luego un MOZO. Al final el REY DEL ALAMBRE

Cand. Candidito Pérez sabe vengarse y se venga. La tirria que me profesa el Alcalde porque mi asesina mirada se ha posado en las rectas y curvas de su sobrina, me la paga con sólo descorrer ese prosaico cerrojo. (Señalando el de la corraliza.) Lo descorro, corro y cuando esta tarde busquen al pájaro que ha de solazarles con su trabajo, la jaula se hallará vacía. ¡Y para qué quieren más trabajo! Candidito Pérez sabe vengarse y se venga! ¡Venga de ahí! (Con precaución se dirige a la corraliza; descorre el cerrojo y entra. Un Mozo por el foro precipitadamente con un pliego en la mano. Sin dejar de correr muy sofocado mira por una parte y otra y al nó hallar a nadie entra en la casa de la derecha sin haber cesado de correr. Apareciendo con precaución por la izquierda.) *¡Consumatum est!* (Vase por el foro.)

Rey (Por la corraliza.) La fortuna acaba de soltarme una carcajada sonora. Cuando yo creía encontrarme a dos dedos de la época de mi fallecimiento, un ser desconocido y masculino me da la libertad y me da dos duros. ¡Oh! ¡Yo he creído que me daba algo!... algo más de los dos duros, pero en fin los tiempos son malos y buenos son .. ¿Serán malos? (Suena los dos duros.) No. De manera que como se impone el vuelo, aquí me tienen ahuecando. Ahora con que me dejen llegar a la carretera sin estropearme el motor... ¡el maremagnum! (Hace mutis por el foro.)

ESCENA V

Por la derecha, el ALCALDE, DON AMBROSIO, ANGELITA y un MOZO. El Alcalde, muy sofocado y con un pliego abierto en la mano.

Alc. ¿Estáis viendo cómo me sobraba la razón?
Amb. Puede que sea alguna venganza.
Ang. Yo no lo creo todavía...
Alc. Pues bien claro está todo. La carta viene del pueblo próximo, del Alcalde, y dice así: (Leyendo.) «No deje usted de meter en la cárcel, si va por ahí, a un sujeto que se denomina el Rey del alambre, y que es el rey de los sinvergüenzas. Se dedica a dar el timo del alambre. A mí me ha estafado cincuenta pesetas y ha huído sin dar la función, y esto lo verifica con todos los Alcaldes; pues se ha averiguado que ni es equilibrista ni lo ha sido nunca.» (Sin leer.) ¿Está claro? (Muy furioso.) ¡Reconcho, a este tío le doy una perdigonada!

(Al dirigirse a la corraliza óyese a lo lejos un tiro y después ayes de dolor que lanza el Rey del alambre. Todos se precipitan a la puerta del foro.)

Todos ¿Qué sucede?... ¿Qué pasa?...
Ang. ¡Si es el Rey del alambre!...
Alc. ¿Cómo?...

ESCENA ULTIMA

DICHOS, EL REY DEL ALAMBRE y el ALGUACIL, que sostiene al primero.

Rey (Quejándose.) ¡Ay! ¡Ay!...
Alc. ¿Pero se puede saber qué ha ocurrido aquí?
Rey Aquí... aquí es donde ha ocurrido. ¡Ay! (Señalándose al cuerpo.)
Alg. Pues na, señor Alcalde. Que estaba yo agazapao junto a la noria con ánimo de soltarles unos tiros a los pájaros, cuando de repente, ¡zas! veo pasar ante mis ojos al Rey del alambre corriendo como un condenado.

Alc. ¿Eh?

Alg. Aquí está el pájaro, me dije. Cojo la escopeta, meto un cartucho con una libra de perdigones, apunto al Rey ¡pum! y misté, ha saltao. De modo y manera que no se ha desperdiciao el tiro.

Alc. Bien hecho... ¡Granuja!...

Rey ¡Ay!... ¡Yo necesito que me quiten este peso de encima!... ¡Ay!...

Alg. ¿Qué peso?...

Rey La libra de perdigones.

Alc. ¡Este tío me ha buscado la ruina!

Ang. ¿Y qué hacemos ahora?...

Alc. Ya lo tengo pensado. Este, (Por el Rey del alambre.) a que lo curen en seguida. Vosotros, (Por don Ambrosio y Angelita.) a Madrid en el primer tren para que no os coja aquí la catástrofe y yo...

Alg. Usté a ensayar toda la mañana, porque esta tarde ¡o viene el tercio de la Guardia civil o quien pasa el alambre es usté!

Alc. Tienes razón, pero éste no se irá de vacío. En cuanto le curen, a la cárcel, y por una temporada.

Rey ¿Yo?...

Alc. ¡Por embustero y por estafador!

Todos (Indignados.) ¡A la cárcel!

Alc. ¡Usted es un granuja, que ni pasa el alambre ni es equilibrista ni nada!

Todos ¡Fuera! ¡Fuera!

Rey
Que no soy equilibrista
dicen porque no me han visto...
(Al publico, algo dramático, avanzando a la batería.)
Soportar una existencia
pendiente toda de un hilo;
aguantar a todas horas
el hambre, el calor o el frío,
y recibir a menudo
palos, pedradas y tiros...
¡díganme ustedes, señores,
si no es hacer equilibrios!

TELÓN



Precio: UNA peseta